



LA REALIDAD DEL 98: ALGUNAS OBSERVACIONES

José Montero Padilla

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

En el año 1898 culmina una serie de hechos y acontecimientos adversos en la historia de España, acontecimientos que, en opinión de numerosos historiadores, políticos, escritores, etc., justifican la designación de ese tiempo con el término «desastre». Unas conocidas palabras del almirante Cervera tras la destrucción de la escuadra española resumen tan concisa como precisamente la situación: «Hemos perdido todo...». Como consecuencia, la nación va a quedarse, cabría decirlo así, sin pulso. Y así, «Sin pulso», se titula un artículo aparecido el 16 de agosto de 1898 en el periódico *El Tiempo*, sin firma pero cuya autoría se atribuye, con certeza, al político Francisco Silvela. Sus palabras iniciales dicen:

Sin pulso. Quisiéramos oír esas o parecidas palabras brotando de los labios del pueblo: pero no se oye nada; no se perciben agitación en los espíritus ni movimiento en las gentes.

Los doctores de la política y los facultativos de cabecera estudiarán, sin duda, el mal, discurrirán sobre sus orígenes, su clasificación y sus remedios; pero el más ajeno a la ciencia que preste alguna atención a asuntos públicos, observa este singular estado de España: donde quiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso.

Unos años después, a comienzos de 1904, Azorín no exime a nadie de culpa y responsabilizará por igual de la catástrofe a políticos, a militares, a periodistas...

...durante tres siglos, nosotros, los españoles, hemos saqueado y devastado nuestras colonias. Su pérdida era irremediable: los mismos políticos que hoy discuten en el Congreso, precipitaron la ruina. ¿Quién podrá creerse libre de culpa? Hablemos de traidores; bien está. Pero pongamos como traidores a estos políticos que pudieron conceder la autonomía o la independencia, y no la concedieron; a estos guerreros que especularon con el desastre; y a estos periódicos que empujaron al pueblo hacia una guerra absurda y ruinosa.

¿Habláis de traidores de la Patria? Está bien: hablemos cuanto os plazca; pero recojámonos sobre nosotros mismos y digamos en un momento de sinceridad: 'Yo soy político y he mandado a las colonias a mis amigos arruinados; yo soy militar, y no he puesto la diligencia debida en el gobierno y cuidado de mis tropas; yo soy periodista, y he hecho creer a un pueblo débil y pobre que podía luchar honrosamente con una nación rica y potente'.

Y cuando hayamos tenido este instante de contrición sincera, entonces podremos nacer a nueva vida.¹

Se ha discutido, y discute, largamente, por los historiadores de la literatura y por los escritores, la realidad, o no, de la existencia de una *generación literaria del Noventa y Ocho*, de un grupo de autores a los que identifique y singularice la referencia a los acontecimientos producidos en aquel año. Los defensores de la existencia de aquella generación afirman que sus más significados integrantes fueron Unamuno, Ganivet, Baroja, Azorín, Maeztu y Antonio Machado. Más tarde, algunos incorporarán a la relación precedente el nombre de Valle-Inclán, «hijo pródigo del 98». Uno de ellos, Azorín, escribirá al respecto:

Allá por 1896 [éste es exactamente el año en el que José Martínez Ruiz llega a la capital de España] vinieron de provincias a Madrid algunos muchachos con ambiciones literarias y se reunieron aquí con otros que comenzaban a escribir. Todos formaron un grupo que pronto empezó a destacarse en periodiquitos y revistas de escasa circulación.²

De los escritores nombrados, Azorín ha sido el defensor convencido e insistente sobre la realidad de la existencia de una generación literaria del 98. No obstante, la denominación parece deberse a medias a José Ortega y Gasset y a Gabriel Maura y Gamazo, en una polémica sostenida por ambos en 1908 y en la cual el segundo, Maura, se refirió a «la generación que ahora llega; generación nacida intelectualmente a raíz del desastre; patriota sin patriotería...».³ Y, casi coincidentemente, Andrés González Blanco emplea la denominación «generación del desastre» para escritores como Unamuno, Valle-Inclán, Baroja, Azorín...⁴ Pero fue Azorín, con su serie de cuatro artículos publicados en el diario *ABC* los días 10, 13, 15 y 18 de febrero de 1913, bajo el título todos ellos de «La Generación del 98», quien redactó algo así como el acta definitoria del conjunto de escritores del que él mismo se consideraba integrante y al que dio nombre con singular éxito. De este éxito dan testimonio libros, manuales de historia literaria, monografías, artículos..., en número casi interminable. Y el mismo Azorín insistiría en su tesis, así en las palabras que dijo el 13 de marzo de 1923, en la ocasión de un banquete de homenaje a Ramón Gómez de la Serna:

Defendió luego Azorín a la generación del 98, «con motivo —dijo— de un artículo publicado días atrás en el gran diario madrileño *La Voz* por su director, Fa-

¹ Azorín, «Impresiones parlamentarias», artículo publicado en *España*, del 31 de enero de 1904. Reproduzco de Azorín, *Los pueblos. La Andalucía trágica y otros artículos (1904-1905)*, ed. José María Valverde, Madrid: Castalia, 1987, pág. 53.

² El texto pertenece a un artículo de 1910. Reproduzco de Azorín, *La generación del 98*, Madrid: Anaya, 1961, pág. 32.

³ Citado por Guillermo Díaz-Plaja, *Modernismo frente a Noventa y Ocho*, Madrid: Espasa-Calpe, 1951, pág. 92.

⁴ A. González Blanco, *Historia de la novela en España desde el Romanticismo a nuestros días*, Madrid: Sánchez de Jubera, 1909.

bián Vidal. Éste –añadió el orador– hablaba, en los más halagadores términos, de los hombres de aquella generación, y de mí, con palabras que profundamente agradezco. Pero sacaba la conclusión de que nuestra labor no tuvo la conveniente eficacia para el bien del país, y en eso disentimos.

«Nosotros –dijo–, los poetas y los pensadores, dimos a la nación un vigor nuevo, una poderosa vitalidad. Y hoy se alza una nación pujante frente a un Estado caduco y corrompido. Es algo semejante a lo que sucedía en Francia en vísperas de la Revolución francesa».⁵

La múltiple diversidad de opiniones y juicios sobre el 98 literario y su carácter resulta abrumador, inabarcable casi. Recordaré ahora tan sólo unas palabras inéditas de Manuel Cardenal Iracheta:⁶

En efecto, los *modernistas* no son exactamente los del 98. La primera designación alude a un movimiento *estético*, la segunda –puramente cronológica– agrupa a gentes *descontentas* y *oposicionistas*. A veces los unos eran los otros, como Valle. Machado se echó atrás del modernismo y Juan Ramón también. Como vivieron, la mayor parte, muchos años, tuvieron tiempo de ver que no habían incubado pollos sino patos –la República–. Y luego se enfurruñaron. Y tuvieron un final lamentable. Todos unos por A y otros por B.⁷

Otros autores han negado de manera resuelta que exista tal Generación literaria. Y como ejemplar testimonio de tal actitud suele citarse a Pío Baroja, así cuando éste afirma de modo tajante: «Yo no creo que haya habido, ni que haya, una generación de 1898».⁸ Pero el mismo Baroja se referirá en otra ocasión, contradictoriamente, a «...la influencia disolvente y nefasta de la generación del 98», adverso juicio este, sin duda, pero que presupone a la vez el reconocimiento de la existencia de esa Generación. Seguramente, lo que a don Pío molestaba era que le incluyesen en el grupo. Singular interés poseen otras palabras suyas, muy certeras, a propósito del carácter y presunta existencia de la tan traída y llevada Generación:

No es fácil saber hoy si esta *generación o pseudogeneración nuestra que se llama del 98*, y de la que se ha hablado tanto, es algo corriente o tiene cierto valor de excepción; pero no cabe duda de que si los gobiernos coartan la libertad de pensar a la gente nueva e impiden que escriba con independencia y la someten durante largo tiempo a una norma de censura, esa generación del 98, que, naturalmente, no era generación, por contraste, se consolidará como tal, quedará como

⁵ El texto azoriniano aparece en la reseña del acto que publicó el diario *El Sol*, el 14 de marzo de 1923. Figura también en el libro de Ramón Gómez de la Serna, *La Sagrada Cripta de Pombo*, Madrid: Imp. G. Hernández y Galo Sáez, s. a. [1924], págs. 548-50, de donde lo reproduzco.

⁶ Manuel Cardenal Iracheta, catedrático de Filosofía y escritor, nació en Madrid, en 1898 y murió en la misma ciudad en 1971. Su libro *Comentarios y recuerdos*, publicado póstumo (1972), ofrece muy curiosa lectura.

⁷ En carta de Manuel Cardenal Iracheta, de fecha 14 de junio de 1967, dirigida al autor de esta comunicación.

⁸ Citado por Luis S. Granjel, *La Generación literaria del 98*, Madrid: Anaya, 1966, pág. 31.

una sierra aislada sin estribaciones, sin colinas alrededor que la oculten, y se destacará y tomará en España unos caracteres míticos.⁹

Abundan de otra parte las manifestaciones que reconocen la existencia de unos escritores noventayochistas pero que al propio tiempo los critican y aun caricaturizan acerbamente, como las vertidas por el pintor y escritor José Gutiérrez Solana, quien en su prólogo a su obra *Madrid callejero*, de 1923, declara intencionada, desenfadada, irónicamente:

Después de la generación de Lhardy, que, indiscutiblemente, tuvo lo suyo y que, por lo menos, tenemos que reconocerla que comía mejor que nosotros, que no comemos nada, pero no por falta de ganas, sino porque los alimentos están por las nubes y mal pesados, vino la del 98, bien dispuesta, hombres de acción y de presa, capaces de todo, pero que concluyeron por divagar de la manera más lamentable: unos, de anarquistas se hicieron mauristas furibundos [...].¹⁰

Desde una perspectiva histórico-literaria, la aseveración de la existencia de una generación del 98, paralelamente a la de una tendencia modernista, reflejadas y estudiadas ambas en copiosísima bibliografía, se halla sometida a revisión, con enfoque que se inclina a considerar el 98, en todo caso, como un aspecto englobable en el ámbito del gran movimiento renovador modernista.¹¹ En cualquier caso, resulta fácil observar cómo rasgos estéticos, actitudes personales y motivaciones temáticas, ideológicas o éticas se entrecruzan sin que parezca justificada y coherente su adscripción exclusiva al noventayochismo o al modernismo, y se producen confluencias y aun confusiones como cuando Manuel Machado, considerado habitualmente poeta modernista, se autoincluye dentro del 98:

...el 98, como generación, existió de una manera palpable. Fuimos los primeros en sentir a España, no aisladamente, sino en conjunto.¹²

⁹ P. Baroja, *Obras completas*, II, Barcelona: Círculo de Lectores, 1997, págs. 23 y 136-37. La cursiva es mía.

¹⁰ J. Gutiérrez Solana, *Madrid callejero*, Madrid: Castalia, 1995, págs. 39-40. Parece clara la alusión a Azorín en el texto.

¹¹ Cfr. Ricardo Gullón, *Direcciones del modernismo*, Madrid: Gredos, 1963, pág. 20.

¹² Camilo José Cela: «Los españoles pintados por sí mismos: 'No hay nada superior a las canciones del pueblo', dice Manuel Machado a Camilo José Cela», en el diario *Arriba*, Madrid, 18 de abril de 1944. Al mismo Manuel Machado pertenece el texto siguiente, de claro acento noventayochista: «Embotados y entristecidos por la inacción, hartos del romanticismo pasado e incapaces para la vida práctica y laboriosa, viviendo a la sombra de glorias muertas, leyendo una Historia primitiva y falsa, sin ánimos para rectificarla y hurtarle consecuencias amargas, pero provechosas; despreciando las letras y las artes en gracia al amor de las ciencias, entonces victoriosas en el mundo (amor, sin embargo, puramente platónico, puesto que apenas un nombre de Castilla figura en la larga relación de inventores y científicos); despreciando cuanto se ignoraba, indisciplinados, pobres y arrogantes, así vivían los españoles de fin de siglo hasta los desastres del 96» (*La Guerra Literaria [1898-1914]*). Cito por la ed. de María Pilar Celma Valero y F. J. Blasco Pascual, Madrid: Narcea, 1981, pág. 100).

O cuando la singular prosa azoriniana incorpora algunos rasgos modernistas:

La huerta es amena y frondosa. Crecen las adelfas a par de los jazmineros; al pie de los cipreses inmutables ponen los rosales la ofrenda fugaz –como la vida– de sus rosas amarillas, blancas y bermejas. Tres colores llenan los ojos en el jardín: el azul intenso del cielo, el blanco de las paredes encaladas y el verde del bosque. En el silencio se oye –al igual de un diamante sobre el cristal– el chiar de las golondrinas que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshilachada, en una franja, el agua.¹³

Y documento significativo de una actitud unánime de modernistas y noventa-yochistas es la relación de los firmantes del manifiesto, publicado en la prensa el 19 de febrero de 1905, en contra de un homenaje que atribuía al escritor José Echegaray, galardonado poco antes con el premio Nobel, un valor *representativo* de la literatura española. Con la excepción de Jacinto Benavente, figuran como firmantes los nombres que han de sobresalir en el Modernismo o en el 98, y esto ocurre así, con toda probabilidad, porque todos ellos coincidían en su afán renovador de las letras hispanas.¹⁴

Tan compleja como prolija es la variedad de convicciones, opiniones y pareceres emitidos en torno a los conceptos de Noventa y Ocho y Modernismo. Actualmente y como bien se sabe, un número considerable de historiadores y críticos literarios considera, con ideas cuya ascendencia y originalidad se encuentran en Juan Ramón Jiménez, que no cabe establecer una distinción tajante entre Modernismo y 98, y afirma asimismo que la tendencia modernista alcanza una entidad superior a la de un movimiento literario y afecta a toda una época en su conjunto. E incluso que el 98, como generación o grupo literario, fue únicamente –se ha llegado a decir por escrito– «un invento de Azorín». Con lo cual cabría concluir, paradójicamente, en la fecha de su centenario, que el 98 –la generación literaria a la que nombra– no existió. Así se viene sosteniendo, insistente, casi tercamente por algunos, en los últimos años. De este modo triunfaría la tesis de Juan Ramón Jiménez: las novedosas, renovadoras creaciones literarias surgidas en España en el tránsito del siglo XIX al actual fueron de signo modernista y constituyeron el llamado Modernismo. Siempre se podrá anotar al respecto que todo afán de innovar supone modernismo o deseo de él cuando menos. ¿Acaso Garcilaso de la Vega –por ejemplo– no fue un modernista con relación a la poesía a él precedente?

Desde otra perspectiva, no carece de sentido observar que cuando Juan Ramón Jiménez defiende el carácter totalizador del Modernismo está quizá personalizando, en su convencimiento de que él era el gran renovador y maestro de la literatura de su tiempo, tan egoísta –en el estricto sentido etimológico del término– como genial.

¹³ Azorín, *Castilla*, Barcelona: Labor, 1973, págs. 134-35.

¹⁴ Vid. José Montero Padilla, «Echegaray visto por Benavente», en *Revista de Literatura*, núms. 25-26 (enero-junio 1958), págs. 245-48.

Al igual que Azorín, al proclamar la existencia de una generación literaria del 98, está dando fe de algo de lo que se siente protagonista fundamental. Y para dar nombre a esa generación –que era la suya–, eligió como rótulo o etiqueta una fecha histórica singularmente significativa, en actitud consecuente con una manifiesta vocación historicista que llevó al autor de *Una hora de España* a clasificar en 1913 sus obras publicadas hasta esa fecha en de *Historia antigua* y de *Historia contemporánea*.¹⁵

Ambas denominaciones –Modernismo, 98– han alcanzado extraordinaria fortuna y, en la práctica, todos los estudiosos, historiadores y profesores de la literatura, las han aprovechado e incorporan a sus «pizarras pedagógicas», dicho con las palabras tan certeras y expresivas de Jorge Guillén. ¿Por qué no seguir haciéndolo ahora? La actitud negativa de algunos semeja, a veces, más afán por decir algo diferente que convencida doctrina.

La fecha de 1898, centenaria ya, nos evoca unos acontecimientos adversos, dramáticos en la historia de España, que supusieron el final de un tiempo, pero determinaron también el nacimiento de otro. Su proyección e influencia han sido muy prolongadas. Quizá no se han extinguido ni perdido vigencia por completo, a pesar del siglo transcurrido. Como el ejemplo de algunas de sus actitudes e inquietudes, como la lección de una pasión española nunca negada, manifiesta siempre. Así en versos de un poeta que fue modernista y también noventayochista: Antonio Machado. Éste, en una de sus composiciones, evoca al más universal personaje literario español, don Quijote, en algún lugar de la llanura manchega:

[...] por esta tierra, lejos del mar y la montaña,
el ancho reverbero del claro sol de España,
anduvo un pobre hidalgo ciego de amor un día
–amor nublóle el juicio; su corazón veía–.¹⁶

Creo que los escritores del Noventa y Ocho vieron siempre sus tierras españolas con los ojos del corazón.

¹⁵ En la 2.ª ed. (1913) de *La voluntad*, Madrid: Renacimiento.

¹⁶ Antonio Machado, *Poesía y prosa*, II, ed. Oreste Macrí, Madrid: Espasa Calpe (Clásicos Castellanos), 1989, págs. 566-67.